

**ISAAC J. PARDO:
LA HISTORIA AL SERVICIO DE LA ERUDICION**

Alfredo Angulo Rivas*
Universidad de Los Andes
Escuela de Historia

Primero, algunas señas biográficas del hombre. En amables notas escritas que buscaron asentar algo así como una cédula de identidad personal, entre remembranzas y papeles amarillos Isaac J. Pardo dibuja algunos hitos de su historia individual, afán este que le conduce a hablar de los orígenes de la familia Pardo en Venezuela.

Caraqueño nacido en 1905, Pardo ha tenido una vida longeva, dato que en cualquier caso humano sólo indicaría un largo proceso biológico sin más. Pero el suyo afortunadamente, es un proyecto de vida puesto al servicio de la erudición, término que de seguir al *Diccionario de la Real Academia Española* supone el amplio conocimiento de varias ciencias, artes y materias. El punto es que si algo esencial es preciso retener en la obra escrita de Pardo, es su lectura amplia, docta y aprovechada de las buenas fuentes.

Isaac significa la risa: la risa de Dios, la risa de Abraham y de Sara, el hijo de la risa. Descendiente de hebreos dedicados al comercio en sus distintas ramas, al hacer registro del ciclo vital de sus ascendientes en Venezuela, los juicios de Pardo dejan colar el éxito económico alcanzado por la familia y la relación estrecha con los hombres de poder de la época. Así por ejemplo el abuelo fallece, relata Pardo en una de sus notas, profundamente afectado por un grave traspié de fortuna causado por el general Antonio Guzmán

Blanco, evento que le permite deslizar la irónica acotación: " *El Ilustre Americano solicitó y obtuvo un cuantioso préstamo de Isaac Pardo y muy ilustremente no pagó los intereses ni reintegró el capital* " (1).

Si en la biografía de Pardo se encuentran influencias judeocristianas a ojos vista, también es posible detectar la huella de eso que en expresión feliz se ha llamado *la pedagogía del negro*. María Josefa, una negra manumisa a quienes los niños llamaban *Pepa*, fue persona de considerable importancia en casa de sus abuelos. Que su presencia traspuso el diario trajín en la cocina haya confirmación en el mismo relato de Pardo: " *Yo oí decir a mi padre con un ligero temblor de emoción en la voz: ¡Aquella negra fue nuestra madre! Y uno de mis tíos, ya anciano, clamaba por Pepa, en su agonía* " (2).

Ya avanzada en años, las visitas de María Josefa a la casa de sus padres eran objeto de cariñosos agasajos. La viejita se presentaba escrupulosamente limpia y acicalada, pero descalza porque argumentaba ella: *Nuestro Señor Jesucristo nunca usó zapatos*. En el curso de la conversación y reclinada en el sofá, terminaba por quedarse dormida: " *Entonces había en la casa un gran silencio para velarle el sueño* " refiere Pardo quizás algo tocado por el mágico duende de la poesía (3).

El caso es que la dulce evocación del relato no solo ilustra una influencia personalísima en Pardo. Es también el amable testimonio del grado en que el elemento negroide se ha integrado a la sociedad nacional, la desembocadura del temprano y constante intercambio racial entre nosotros, cruce que impidió la conciencia racial en que halla fundamento la ideología de la negritud. Tal vez no sea casual la estimación de Pardo al dar cuenta del característico mestizaje venezolano, el nuevo mundo creado por el comercio físico de varios grupos humanos procedentes desde distintos mundos:

" El siglo XVI venezolano es una ebullición vehemente, y el hecho más trascendental de semejante bullir será

la conjunción de tres grupos humanos de muy diversos caracteres y muy diferentes acervos culturales. Físicamente unidos, pero espiritualmente pugnaces, blancos, indios y negros proyectarán su existir sobre el mundo exterior para crear una manera de vida nueva para todos " (4).

Este esfuerzo de abocetar la presente semblanza, quedaría inconcluso si hacemos a un lado la huella de la oposición política a la dictadura de Juan Vicente Gómez. Del tiempo que pasó en la cárcel luego de su activa participación en los festejos de la *Semana del Estudiante* en febrero de 1928, Pardo recordará algunos títulos que ejercieron marcada influencia en el grupo de estudiantes recluidos en las prisiones de la dictadura. Así dirá en tono de confesión personal:

" Pero en el Castillo de Puerto Cabello nosotros teníamos una biblioteca, donde, por primera vez, leímos obras serias sobre la revolución social ... Y entonces surgió en nosotros la idea de que la lucha política no era posible continuarla pensando en los alzamientos, en eso que se llamaba aquí revoluciones, que eran simplemente alzamientos, matanzas de campesinos para adueñarse del poder " (5).

Si la idea de la revolución social hizo parte de una atmósfera intelectual de la que el joven Pardo no logró escapar, no es de colegir que la escritura de su obra haya sido guiada por el influjo del llamado socialismo científico, o que su visión de la historia pueda ser encuadrada en la idea material de la concepción marxista del mundo y de la sociedad.

En Pardo la orientación de su discurso refleja al humanista que toma en cuenta las posibilidades y límites del hombre, la conciencia de la historicidad de los seres humanos, de las conexiones del hombre con su pasado, nexos que por una parte sirven para asociarlo con ese pasado y, por el otro, para darle especificidad y contraponérsele. En él hay la atenta exigencia filológica del Hu-

manismo, el necesario descubrimiento de los textos antiguos, su estudio y puesta en relación, así como la necesidad de encontrar en ellos el significado poético y la verdad filosófica o religiosa de su mensaje.

Segundo, veamos pues la obra escrita del hombre.

LA HISTORIA COMO PESQUISA Y RELATO

A juzgar por la crítica favorable *Esta Tierra de Gracia. Imagen de Venezuela en el siglo XVI*, es la primera obra importante de Pardo. Llama la atención la fecha de su publicación, el año 1955. La década de los años 50 fue una época de contrastes. Junto a la eficaz represión política de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, se verifica una ebullición creadora en las artes plásticas, en las propuestas cinematográficas, y en la fundación de una literatura de contenido más urbano y existencial. Quizás la independencia del talento artístico respecto a la circunstancia medioambiental convenció a Sir Ernst Gombrich en que no hay arte en tanto que tal, que solo existen los artistas y sus obras maestras.

El caso es que en *Esta Tierra de Gracia*, Pardo quiso establecer los orígenes de nuestra nación. Su docto trabajo de indagación lo hace acompañar del relato que cuenta, tal vez por asumir que la historia es labor de pesquisa pero también narración que rechaza la fijeza inmóvil del argumento. Así dice para más señas: " *Es un cuento apasionante que comenzó de esta manera...*" (6).

De los rescates iniciales, del comercio de oro y perlas a cambio de abalorios, operación en que los indios exultantes de alegría pensaban haber estafado a los cristianos, Pardo recoge la crisis de conciencia que en la metrópolis suscita la empresa conquistadora, la denuncia áspera y dura de los encomenderos a quienes los frailes de la Iglesia acusan de extorsionadores y verdugos de una raza infeliz. Sus páginas también mueven al goce cuando el yerro de los reyes católicos trastoca nuestra geografía, al punto de convertir la región del Zulia en isla de Coquivacoa,

con lo cual Alonso de Ojeda va a ser el primer gobernador de una isla en tierra firme, adelantado en más de cien años a Sancho Panza (7).

No escasas veces Pardo describe un cuadro con bien lograda fuerza plástica. Las benignas instrucciones del Rey de España pierden vigor con la distancia, al punto de hacerse imperceptibles en la Isla de las Perlas. Así relata:

“ Los esclavos son forzados a bucear sin descanso. Al volver a la superficie se les azota para que desciendan de nuevo. Algunos no suben nunca más. Otros vuelven echando sangre por boca y narices. El salitre les torna rojo los cabellos y les cubre la piel de escamas. Alimentados apenas con cazabe y pescado seco, por la noche duermen aherrojados en ergástulas inmundas. Por centenares mueren los pescadores de perlas, pero Cubagua produce lo suficiente para renovarlos de continuo...” (8).

En el afán de relacionar los hechos al mismo tiempo maravillosos y sobrecogedores de la conquista, Pardo coloca al servicio del esfuerzo de recuperación histórica las *Elegías de los Varones Ilustres de las Indias*. Juan de Castellanos, autor del poema más largo que existe en lengua castellana, compone versos latinos y los maneja hábilmente, cita a toda la historia clásica, apuntala su obra con referencias mitológicas, para dar cuenta del exótico paisaje del Nuevo Mundo y del torrente de nuevas palabras bárbaras y musicales. De región en región, el poeta hace un recuento minucioso. Así dice desde Cubagua (9):

Sin recursos de ríos ni de fuentes,
Sin árbol y sin ramo para leña,
Sino cardos y espinas solamente

Otro tanto consagra a la Isla de Margarita:

Con árboles amenos y frescura
Y de zavas muy mayor anchura

Al otro extremo de la geografía, Juan de Castellanos ve en el Lago de Maracaibo a una *hoja de laurel*. En camino a los llanos, esos mares de tierra que en su decir reclaman *marinos instrumentos* para establecer el rumbo, la sabana es lugar de tropiezos:

Ya la lumbre del sol les es nociva,
No pueden percibirse sus razones,
No se esfuerzan los pocos a los pocos,
Porque todos andaban como locos.

Maravillado por la generosa hermosura de la mujer americana, el poeta hace memoria de la cándida desnudez de las aborígenes:

Que no se les manchaba vestidura
Que causase desdén a su belleza:
Por ser las ropas de su compostura
Aquellas que dio naturaleza

El bosque de versos se agita al referir las batallas en que espada y arcabuz, caballo y perro de presa van consumiendo a los poblados indígenas. Las sangrientas faenas de los conquistadores entre las huestes de indios quedan así recogidas:

De esclavos prolijísimas cadenas,
Dejando bien sangrientos los caminos,
Las sendas y veredas todas llenas
De muertos en aquestos desatinos,
Con hambre, con cansancio y otras penas.

El inmenso mural de atrocidad y heroísmo de la conquista, no otra cosa es *Elegía de Varones Ilustres*, es al mismo tiempo la llama luminosa de la cultura que hubo de legar España a los territorios de las Indias. Y es que en lugar de alguna conclusión formalmente concebida que le sirva de corolario a estas notas, digamos que al leer las glosas de Pardo al largo poema funerario, queda el lector plantado en un convencimiento: la andadura por aquel mundo genésico es preciso caminarlo a través de la obra de Juan de Castellanos.

Pero valdría la pena preguntar ¿cuál es el acierto de *Esta Tierra de Gracia*, qué valor propositivo encierra su contenido, algún atributo le concede permanencia y renovada validez en la manera de escribir la historia de Venezuela? Quizás la respuesta más apropiada supo darla Miguel Angel Asturias, pues de un golpe hundió la cabeza del clavo. Confesaría el escritor guatemalteco que tras concluir la lectura de *Esta Tierra de Gracia*, le pareció despertar de un sueño alucinante, de un mundo fabuloso al que debía repetir con insistencia que sí existió, pues el Dr. Pardo al final de cada espléndido capítulo, en despliegue de erudición lo hace acompañar de una ristra de anotaciones que enriquecen los textos: " *Porque eso es este libro. Es la obra de un erudito en lenguaje de cuento* " (10).

Más tarde, en 1961 precisamente, Pardo edita la obra *Juan de Castellanos. Estudio de las Elegías de Varones Ilustres de Indias*. El título confirma la vocación humanística del autor, su conocimiento de la tradición grecolatina, el patrimonio hispanista, los valores del mundo novelesco, del hombre y la naturaleza americana. Angel Rosenblat hará elogio de la obra y de la valía especial que encerraba el estudio de la lengua: los latinismos, las voces populares, las frases familiares, los refranes y los indigenismos. La nueva obra habló por sí misma de una voluntad sistemática de estudio, de la elección concentrada en una área de interés del conocimiento.

Pardo revela conciencia histórica al hacer balance respecto a la manera de investigar y escribir la disciplina en Venezuela. No obstante la figuración señera de Lisandro Alvarado, José Gil Fortoul o Laureano Vallenilla Lanz, entiende que el resultado de sus esfuerzos, así como de la generalidad de los historiadores, se había realizado de manera individual, trasponiendo grandes barreras y sin crear un espíritu de grupo llamado a continuar los estudios. ¿Dónde se encontraban las fallas respecto a la sistematización y la enseñanza de la disciplina historiográfica? Las obras históricas a indicación de Pardo, habían sufrido durante todo el siglo XIX de graves imperfecciones a consecuencia de la escasez de fuentes, del estudio insuficiente de las que existían, o bien por la

alteración del sentido crítico causada por la sangrienta y larga guerra de Independencia y, más tarde, por la no menos inestable vida política de la República. Así expuso esta suerte de inventario:

“ En ausencia de una escuela historiográfica propiamente dicha, lo más que pudo señalarse fueron tendencias generales. En primer lugar, la manera romántica de historiar, en la que fue maestro y modelo Michelet; más tarde, la positivista, inspirada en Venezuela en las enseñanzas de Adolfo Ernst y cuyos más connotados cultivadores no habían de florecer sino ya entrado el presente siglo ” (11).

El giro ocurre al ser creadas las Escuelas de Historia en las Universidades del país. A estos considerables progresos, Pardo subraya la creciente publicación de un copioso material histórico auspiciado por diversos organismos de la administración pública del Estado, así como el importante esfuerzo editorial de varias instituciones privadas. Con todo, su inquietud frente a la *notoria minoración* de la Historia Patria en el plan de estudios para la niñez y la juventud, lo lleva a expresar advertencias sobre el peligro deformador de la identidad nacional, urgidos como estábamos de robustecer nuestra personalidad como nación.

EL HUMANO IDEAL DE LA UTOPIA

En 1983 Pardo da a conocer su obra capital *Fuegos bajo el agua. La Invención de Utopía*, título que le mereció el Premio Nacional de Literatura. Confesaría Pardo su vieja ilusión personal, sembrada en años juveniles, de escribir un libro de temas variados, pleno de colorido y al mismo tiempo cargado de profunda significación. El libro es un largo recorrido por toda la cultura del mundo occidental y en el que las utopías, mitos e ideas (reflejo de un anhelo humano permanente y siempre cambiante en sus formas), jalona la historia de los seres humanos hasta los días presentes.

La vocación humanística se revela en la preocupación por mostrar el genuino rostro de la Antigüedad Clásica. Las desdichas que ocasionaba la realidad de la vida hicieron que el hombre mirara ansioso hacia sus remotos orígenes para crear el mito de la *Edad de Oro*. Impulsado también por el miedo a la muerte, el hombre miró hacia el más allá para asirse a la idea de la inmortalidad y la ventura. Florecieron de este modo las *religiones de misterio*, las que se ofrecían como vías para alcanzar el otro mundo de buenaventura y felicidad. La religión egipcia fue en rigor una religión de la muerte. Así lo testimonia *El Libro de los muertos*, una especie de manual para la vida eterna que era colocado al lado del difunto, y en cuya *invocación 110* se recoge la esperanza de vida en el más allá terrenal (12):

“ ¡Oh dioses! Que me sea posible morar en tus Campos de Paz que tanto queréis! ¡Pueda en ellos ser un espíritu bienaventurado, y allí comer, beber, arar, cosechar trigo, ejercer mi vigor (sexual) y mi verbo mágico ”

Alrededor de Orfeo, el músico prodigioso encantador de piedras, ríos y animales, surgió un culto de amplia popularidad en Grecia. En el *orfismo* se encuentra la idea de la inmortalidad del alma y la esperanza de la salvación a través de las reencarnaciones. La insatisfacción con unos dioses olímpicos demasiado alejados de los hombres y sus afanes, fue causa principal del arraigo perdurable de este Orfeo humanizado. El orfismo resultó ser el primer intento griego de hacer depender el destino humano del carácter y la conducta en la etapa terrena de la existencia.

En fin, las *religiones de misterios* buscaron garantizar al hombre la salvación del alma, atravesar el más allá sin ser aniquilado y permanecer en ultratumba en compañía de los dioses. Tales religiones nos hicieron transitar el camino desde la vida salvaje hasta llegar a una existencia propia de seres humanos.

El estudio de Esparta es una buena oportunidad para mostrar las cualidades de un historiador avisado. Y es que no obstante

haber ensayado diversos sistemas de gobierno, la *polis* no encontraba el camino para llegar a la mayor suma de felicidad posible para los ciudadanos. Y Esparta, guía y modelo para el resto del mundo griego, había fallado también al exaltar la bravura guerrera como la única excelencia humana, por considerar que el triunfo y la conquista no era un premio a la virtud sino cosa superior a la virtud misma. La verdad fue que gran parte de la vida de Grecia discurrió en medio de sangrientas guerras atroces entre ciudades, y entre conmociones aún más sangrientas dentro de cada una de ellas. Si Plutarco años más tarde alabó los atributos de Esparta, el elogio vino a confirmar " *la verdad de que nada hay tan llevadero como los males ajenos* ", dice Pardo no exento de ironía (13).

Con la estructuración del Estado totalitario, Esparta abolió toda seña de individualismo y toda razón de vivir en aras de la conquista y el dominio. Pero la educación severa ni las leyes menos rigurosas lograron, en tan largo tiempo, modificar la íntima condición del ser humano. Aunque Lacedemonia descartó el oro y la plata y el lujo, no permaneció incorruptible a los encantos de la riqueza, porque " *el soborno llamaba a las puertas de los que disfrutaban el poder* " (14). Aunque el arrobó con que se admiró a Esparta y a sus instituciones tal vez provino de hombres que no sintieron de cerca la crueldad del carácter espartano, es más probable que esa exaltación fue una reacción, consciente o no, de los historiadores ante los problemas y vicios de su propio tiempo. Los hechos históricos hablan de sangrientas revoluciones y contrarrevoluciones, de luchas de clases espantosas presentes en la historia griega desde el siglo VII hasta la conquista romana.

No desapareció del todo la esperanza. Así es que hallamos la doctrina pitagórica: sus variados aspectos de misterio, disciplina moral, mortificación ascética e ideas de reencarnación y bienaventuranza, buscó redimir al hombre de los designios inexorables, para convertirlo en hacedor de su propio destino vía la acción liberadora de la virtud. El pitagorismo quiso regenerar a los hombres, seres llenos de maldad como hijos que eran de la edad de hierro, para que una vez regenerados transitaran el camino hacia

la perfección. Pero nuevamente el mundo demostró que era real. No obstante la benévola e idealista inspiración de la escuela de Pitágoras, la acción de los hombres estuvo lejos de guardar la serenidad filosófica que aquella proclamaba. Los agitadores de siempre hicieron circular versiones escalofriantes de los pitagóricos, a quienes acusaron de impíos e inmorales. La agitación popular hizo explosión al circular la especie de que raptaban niños para sacrificarlos en ceremonias secretas. Los pitagóricos murieron en la trepidación del fuego y en la acción concluyente de la espada. " *La tesis de El gobierno para los filósofos había tenido su bautizo de sangre* " (15), dice Pardo no sin antes advertir que esa dramática resolución coadyuvaría a la perfección del mito.

Tampoco se esfumaron aquí los ejercicios de la muy humana imaginación. Y es que en el Estado se va a depositar el más famoso planteamiento utópico de la antigüedad. Aunque no fue Platón el primero en dedicarse a esos menesteres de echar las bases del Estado ideal, el caso es que la doctrina espartana del dominio absoluto del Estado sobre el hombre hasta hacerlo desaparecer como individuo, será una *idea fuerza* dada su resistencia al paso del tiempo y el amplio número de prosélitos dispuestos a aplicarla. En aras de la felicidad de los seres humanos en la tierra, Platón hará propuestas cuyo tenor debe suscitar perplejidad en aquellos que hoy lean sus escritos: " *Así las cosas, deberá crearse un reglamento que prescriba a todo hombre libre el empleo de cada hora de su tiempo, sin interrupción, desde la aurora hasta la aurora y la nueva salida del sol* " (16). Claro que el genio platónico no está puesto en duda. La respuesta, por ejemplo, a la inquietante pregunta sobre la existencia del bien y el mal, una interrogante que había sembrado dudas en los seres humanos respecto a la vigencia de una justicia divina, e incluso de que existía un Dios de bondad, confirma su talento excepcional. La presencia del *malvado feliz* y la aparente indiferencia divina con los sufrimientos del hombre justo, le lleva a decir que Dios había dotado a sus criaturas de libre albedrío, y que todo lo malo es patrimonio nuestro: " *Dios no es la causa de todo, sino solamente del bien* " (17), agrega el autor de la teoría de las formas.

Al considerar que la pugna entre el bien y el mal se libraba en el fuero interno de cada cual, Platón traslada ese principio al terreno de la moral y la política, corolario que resume en la idea según la cual el mayor triunfo del hombre era el dominio de sus pasiones y la mayor victoria de la ciudad era vencerse a sí misma. Con todo, el punto de relieve estriba en que ese largo viaje entre planes, leyes y teorías no eran más que juegos de la fantasía, obras de la imaginación que nunca llegaban a plasmarse en la realidad tal como habían sido pensadas y deseadas anticipadamente. No obstante el brillo intelectual de su creación, el Estado imaginado por Platón sólo tenía vida en su discurso. Para aquellos que deseaban ajustar a él su propia existencia, posiblemente advertía Sócrates, ese modelo sólo existía en el cielo. Aún así, tal reconocimiento no impidió que ese ideal fuera perseguido y trajera aparejado consecuencias quizás demasiado terrenas.

Sin embargo el tema de la *Edad de Oro* persiste y es posible encontrarlo en Séneca, el gran estoico latino. Sus consideraciones sobre aquella edad fue más bien la oportunidad para hacer y exponer una elevada exigencia moral. Motivo de elogio era que el hombre se cobijara entonces en albergues rústicos, que los arquitectos no existieran porque no se conocía el lujo: "*La paja, adujo, abrigó a hombres libres; bajo el mármol y el oro mora la esclavitud*" (18). Pero la inspiración en la *Edad de Oro* no fue motivo para que todo desembocara en un nostálgico desconsuelo. En el 40 a.C. escribió Virgilio en *Las Bucólicas* un hermoso himno a la esperanza. El breve poema anticipa el nuevo reino de Saturno, que habría de comenzar con el advenimiento de un niño maravilloso. Cantó el poeta a la *Edad de Oro*, en Roma, comandada por un guía luminoso que estaba por llegar. Era el anuncio de un reino mesiánico imperial, que Horacio en su *Canto Secular* describió como un hecho cumplido: "*La fe, la paz, el honor y el pudor antiguos, la despreciada virtud retorna ya y vuelve la abundancia dichosa con su rebosante cuerno*" (19). En línea directa con Séneca dada su preocupación moralista, Cayo Cornelio Tácito va a reiterar las cualidades de la edad dorada, aunque su visión baja desde el pedestal de la filosofía para inaugurar la moderna disciplina de la etnografía. En la *Germanía* el historiador doblado de poeta concibe

la imagen del *buen salvaje*, para así contrastarla con la de una sociedad tan refinada al tiempo que no menos corrompida como era la romana. La *Edad de Oro* en este caso, estaba desprovista de algún sabor idílico. Para Tácito la simplicidad de costumbres de los germanos obedecía al primitivismo en que aún estaban sumidos aquellos pueblos, y no a una cualidad especial del espíritu. El historiador escribirá, en reclamo a sus pares, cómo en la periferia donde se verificaban los contactos con el mundo romano, los bárbaros abandonaban el uso de las pieles, aprendían a conocer el valor del dinero y se hacían corruptibles a las bebidas embriagantes. Sin embargo, en la lejanía de su territorio, al margen de la comunicación pernicioso, Tácito les reconoce valores apreciados por otros seguidores de la edad dorada. La leyenda se prolonga: ya en el siglo II de nuestra era la vieja nostalgia contó con otro vocero en Luciano, aunque su prosa vivaz, tocada por el impulso de la fantasía desbordada y la gracia del humorista, le da personalidad y lo caracteriza.

Pero justamente se está en el segundo siglo de la era cristiana, y en el mundo grecorromano comienza a florecer una religión que pregonaba la buenaventura de los pobres, aunque asegura ser más difícil el acceso de un rico al cielo que el paso de un camello por el ojo de una aguja. Larga, la más extensa porción de *Fuegos bajo el agua*, es el discurrir de Pardo sobre la esperanza mesiánica. Quizás allí puso en tensión sus propias influencias culturales; el caso es que apoyado en los varios libros sagrados del Antiguo Testamento, el autor da cuenta de las esperanzas, extravíos y defraudaciones del pueblo de Israel. En sus páginas encontramos las iras y los pactos con Dios, la voz de los grandes profetas, y los delirantes monumentos de imaginación creadora que fue la literatura apocalíptica.

También el pueblo judío dispuso entre sus creencias con una *Edad de Oro* por igual perdida, el Paraíso, donde el hombre hubiera podido ser feliz si su atrevimiento en comer el fruto del bien y el mal no lo constriñera a una vida miserable y lo entregara a la muerte. La violación de la ley, el pecado, comportó un duro castigo, pero emergió la esperanza de alcanzar a través del arrepentimiento y de la enmienda el perdón para el justo con quien

Yahveh establecía una alianza. Quien se ajustase a la ley divina sería colmado de bienes terrenales. Tales ideas formarán el eje de las relaciones del hombre con su Dios, y alrededor de ellas surgirán anuncios, presagios, amenazas, los anuncios del Día de la Ira, aunque también los del Reino Mesiánico. Los acontecimientos vividos por el pueblo de Israel, con su prolongada y pesada carga de violencia y sufrimiento avivaron las visiones apocalípticas y las esperanzas mesiánicas. La destrucción del Estado de Israel por los asirios, la diáspora de los deportados y el peligro disolvente hasta el punto de perder toda identidad nacional, significó una importante amenaza de extinción para el pueblo judío. Y esa amenaza se hizo más grave al ocurrir las deportaciones a Babilonia, la destrucción del templo y la ruina del reino de Judá. El único lazo capaz de garantizar entonces la continuidad del grupo fue el vínculo religioso y el empeño por diferenciarse de los demás. De allí que hasta el menor detalle de la vida quedó bajo el control de la Torá y a las estipulaciones escritas del código mosaico.

Pardo muestra como la idea de una era de felicidad evoluciona desde los primeros libros del Antiguo Testamento hasta los últimos profetas: es la concepción de un bien alcanzable en este mundo, pero cuyo advenimiento no tenía plazo fijo. En momentos de gran pesar para el pueblo judío se aguardó aquella restauración del Paraíso como una recompensa que había de llegar al final de los sufrimientos. La literatura apocalíptica introduce otra perspectiva. El Reino Mesiánico se alcanzaría sí aquí en la tierra, pero todo en él irá en crecimiento hasta alcanzar dimensiones fuera de toda medida. En la nueva visión, los productos de la tierra alcanzarían una riqueza no soñada, al punto que cada racimo produciría mil uvas.

El estudio del cristianismo es un tema al que el autor se dedica con igual acucia, diligencia que anima al lector por las cultas sorpresas contenidas en sus páginas. Jesús de Nazaret, el Hijo del Hombre tal como prefirió llamarse, adopta un predicamento donde la ley del amor es la clave de la concordia terrenal y vía de la salvación. La conversión, la metanoia del texto griego, era el arrepentimiento, que comenzaba con él, pero se trataba de algo

mucho más profundo, llamado que exigía el paso de la abstención a la acción. Jesús habló a favor del perdón, dijo además: " *No juzguéis para que no seáis juzgados* ", afirmaciones estas que guardaban afinidad con la moral rabínica de su tiempo. Sin embargo, se dirigió al Templo y con un látigo echó fuera a los que vendían y compraban, acción esta comprensible porque unas familias poderosas se alternaban en las funciones del sumo sacerdocio, acudían a la violencia para asegurarse posiciones y beneficios económicos a través de la venta de las ofrendas, además del poder que daba lugar el dominio del sanedrín. Su acción respondió a un anhelo nacional de purificación del Templo, y en algunas ocasiones su actitud tuvo puntos de contacto con el sentir de la gente rebelde presta a la acción. Predicó algunas veces que el gobierno de Yahveh estaba entre los hombres, aunque la idea de la vida eterna como promesa quedó bien diferenciada del Reino de Dios, aquí y ahora.

Pese al generoso impulso de los días iniciales, la comunidad de los primeros cristianos no logró cuajar en un sistema eficaz ni duradero. Sin embargo, aquellas noticias respecto a un breve goce común de bienes fueron base para establecer, desde los Padres de la Iglesia hasta nuestros días, la idea de un ejemplar sistema comunitario entre los primeros cristianos. Tampoco fue cierto que los apóstoles se esparcieron hasta los confines de la tierra para dar testimonio de Jesús. Cuando se alejaron lo hicieron obligados por la persecución, y sólo predicaban la palabra nada más que a los judíos. De suerte que el Reino estuvo reservado para estos últimos, del mismo modo como la *República* feliz había sido imaginada para el goce de un puñado de atenienses. Considera Pardo acertado concluir que la idea del " *hombre cósmico* " de la cultura helena no formó parte de la doctrina original del Evangelio, ni estuvo en la mente de los seguidores inmediatos de Jesús. Por ello la enorme importancia del pensamiento y de la decisión de Pablo de querer extender el cristianismo a todos los hombres (20). Cuando el apóstol decide predicar en Roma, es porque ve en el imperio a un ámbito por conquistar. Y a fin de prosperar en medio de esta circunstancia, era preciso cierto realismo que asegurase la tolerancia. Así encuentran explicación las normas político sociales que

hallamos en las *Epístolas*, y en las que deja clara la idea del sometimiento a las autoridades constituidas.

El problema socio económico en los Padres de la Iglesia, la discusión respecto a la *ley natural* y el disfrute en común de los bienes, es una nueva demostración que hace el autor en el uso aprovechado de las fuentes. Su discurrir por la llamada literatura patrística nos muestra la firme creencia en que el bien individual era causa de conflicto, convicción que llevó a San Juan Crisóstomo a preguntar: "¿Por qué nadie jamás arma un pleito por la plaza pública?" (21). Distinciones agudas hará San Agustín para quien lo malo no era el dinero, como no es malo el vino sino la embriaguez. El intenso colorido original de las páginas legadas por los Padres de la Iglesia, las recoge Pardo siguiendo un esquema de pedagógica clasificación, y en el que se abordan los más variados asuntos humanos. Así por ejemplo, al referirse al lujo femenino cita a San Gregorio Magno quien expresaba: "... si tienes en casa mujer que ame la riqueza, la enfermedad es doble" (22). Con todo, el punto de relieve es la persistente idea de un pasado mejor. Tan perfecto lució el régimen comunitario que en los Padres de la Iglesia no hubo duda en que efectivamente había existido, establecido por ley natural, identificada esta a su vez con la ley de Dios. Ciertamente que la obra patrística se extendió por varios siglos y en circunstancias diferentes, desarrollo que hace comprensible que no siempre resultaran coherentes los escritos de los distintos autores. Pero más allá del carácter difuso del material, puede aseverarse que los Padres de la Iglesia no propusieron el establecimiento del estado comunista bajo la señal de la Cruz. Valga citar a Pardo en extenso: "...Por el contrario, las soluciones finales de lo que pudiera considerarse como un esbozo del sistema, deben haber desanimado a muchos espíritus radicales. Sin embargo, los Padres dejaron un volumen tal de propaganda, de exaltación de las excelencias del disfrute comunitario de los bienes, tantas páginas ardientes en contra del rico y de las riquezas, que de ahí adelante pudo todo el que quiso tomar jirones de la literatura patrística para ornar sus banderas o animar sus arengas" (23). En suma, faltó el esfuerzo sintetizador de tan vasta doctrina social y económica, un talento capaz de echar las bases de la República Cristiana. Aunque en aras

de la verdad, los Padres de la Iglesia nos legaron fragmentos en que se perfilan unas veces la *Edad de Oro*, y en otros a una república de posible materialización.

COLOFÓN

Si en *Fuegos bajo el agua* es posible hablar del tejido minucioso del detalle, Pardo nunca pierde la ruta central que muestra sostenidamente cómo las ideas, mitos y utopías, al margen del contenido objetivo que puedan encerrar sus elementos, resultan ser una constante que mueve y trastorna la vida de los hombres. Hemos resumido sólo una porción de su extensa obra, pero el cúmulo de evidencias, la amplia variedad de elementos de juicio recogidos, confirma la humana necesidad de que somos seres que necesitamos creer. Bien supo decirlo Eliot cuando expresó que el hombre no soporta demasiada realidad. Pero es de advertir que en la articulación de *Fuegos bajo el agua*, Pardo recurre a la aparente menos polémica de las clasificaciones: la cronología comprendida entre los orígenes, las utopías de la Antigüedad, las de la Edad Media, hasta llegar al tiempo presente. En forma paralela organiza las utopías en imaginarias, las que sólo han tenido vida en la literatura como la *Edad de Oro* y *La República* de Platón, y las que han hallado concreción real en la historia, en los casos de Esparta y los movimientos de natura milenarista tiempo más tarde. El punto es que una clasificación en cuatro porciones de la historia, no queda exenta de recibir señalamientos críticos. Esa división *cuatripartita* del hacer humano, por ser una proyección de la manera de organizar el tiempo histórico de Europa, deja por fuera a una cantidad importante de grupos humanos. La observación es válida, pero en descargo habría que recordar la imposible conciliación entre el limitado sujeto cognoscente y el ilimitado objeto que se pretende conocer.

En Pardo las utopías han sido anhelos que buscan satisfacer el más profundo de los deseos humanos: el goce de la mayor suma de felicidad para el conjunto social. Entiende el autor que todo lo utópico ha tratado de acercarse a la meta ideal, por lo que recuerda

a la extensa tradición intelectual del mundo occidental. Es la que va desde *Cándido* de Voltaire, pasa por *Gargantúa* de Rabelais, hasta llegar a los ejemplos narrativos de *El Mundo feliz* de Aldo Huxley y *1984* de George Orwell. Cada una tiene en común llamar la atención sobre las arbitrariedades y desviaciones del poder, todas ellas bajo la invocación de una feliz y nunca realizada armonía social. Y ese es el punto de relieve: la Historia registra los horrores de aquellos provistos de una verdad y una meta absoluta. Es la ecuación entre la idealización del fin y el espanto de los medios que procuran su conquista. Someter la realidad a un ideal entraña una concepción patológica de la verdad.

Sin embargo Pardo deja un cabo suelto que es todo un filón para ser explotado. Es imaginar la Historia como si los hechos se hubiesen producido de manera diferente a como ocurrieron en la realidad, especialmente en momentos decisivos. Y esa es precisamente la orientación que a contrapelo del determinismo científico postula una historia virtual más productiva en sus hallazgos: ¿qué hubiera pasado sí?.....

NOTAS Y REFERENCIAS:

- * Profesor Asociado de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela.
- (1) Isaac J. Pardo (1998): *A la caída de las hojas*. Caracas, Monte Avila Editores Latinoamericana; página 23.
- (2) *Ibidem*; página 20.
- (3) *Ibidem*; página 21.
- (4) Isaac J. Pardo (1988): *Esta Tierra de Gracia*. Caracas, Monte Avila Editores, 1ª. Edición en Eldorado; página 17.
- (5) *A la caída de las hojas*. Obra citada; página 55.
- (6) *Esta Tierra de Gracia*. Obra citada; página 18.
- (7) Domingo Miliani se refiere con acierto a la obra de Pardo: "Despojar de solemnidades la historia colonial es uno de los secretos del artífice. Encanta al lector " Véase " Trilogía de Artífices: Isaac J. Pardo, Antonia Palacios, Arturo Usler

Pietri "Revista Nacional de Cultura. Caracas, Consejo Nacional de la Cultura y la Casa de Bello, año LVII, octubre diciembre de 1996; página 193.

- (8) *Esta Tierra de Gracia*. Obra citada; página 49.
- (9) *Ibíd*em; páginas 83, 84, 86, y 89.
- (10) En prólogo a la obra escrito por Miguel Angel Asturias.
- (11) Véase el prólogo escrito por Isaac J. Pardo a *Defensa y Enseñanza de la Historia Patria en Venezuela*. Caracas, Ediciones de la Contraloría General de la República, 1980; página 12.
- (12) Isaac J. Pardo (1990): *Fuegos bajo el agua. La invención de utopía*. Caracas, Biblioteca Ayacucho; página 20.
- (13) *Ibíd*em; página 30.
- (14) *Ibíd*em; página 38.
- (15) *Ibíd*em; página 54.
- (16) *Ibíd*em; página 77.
- (17) *Ibíd*em; página 87
- (18) *Ibíd*em; página 101.
- (19) *Ibíd*em; página 103
- (20) *Ibíd*em; página 303
- (21) *Ibíd*em; página 337
- (22) *Ibíd*em; página 350
- (23) *Ibíd*em; página 378